

Recibido: 7/6/2019
Aceptado: 16/9/2019

Diferencia sexual De nunca acabar

María Alejandra Tortorelli

Universidad de Buenos Aires

RESUMEN

El binarismo masculino-femenino le ha impuesto una forma a la diferencia sexual. ¿Existe la posibilidad de otra escritura, de otra gramática? En el margen de Derrida, Heidegger, Nancy y Deleuze, el presente artículo busca liberar la diferencia sexual del binarismo tanto como liberarla del género y la diferencia específica. Tan pronto como la diferencia sexual es capturada en la lógica de género y diferencia específica, la sexualidad como diferencia permanece impensada. Tanto como la diferencia misma permanece impensada. La pregunta que interroga acerca de la identidad sexual —¿qué sos?— convierte la sexualidad (y la existencia) en un algo, un algo determinado, definido, acabado. Pero la sexualidad o, aún mejor, la sexuación, no puede ser algo. No es un algo. No hay existencia sin sexualidad. No hay sexualidad sin existencia. Pero ni la existencia ni la sexualidad pueden ser contenidas en sí mismas. La diferencia sexual tanto como la relación sexual es exposición de la existencia sin clausura posible, es ex-sistencia en tanto ex-posición. Nunca de-terminada, no-terminada, ex-puesta, la diferencia sexual nunca habrá de acabar.

ABSTRACT

Binarism —male/female— has imposed a form to sexual difference. Is there a possibility for another writing, another grammar? On the margin of Derrida, Heidegger, Nancy, Deleuze, the present article seeks to free sexual difference from binarism as much as to free difference from gender and specific difference. As soon as sexual difference is caught in the logic of gender and specific difference, sexuality as difference remains unthought. And so it does difference itself. The question that interrogates about sexual identity —what are you?— turns sexuality (and existence) into something: something determined, defined, finished. But sexuality, or better “sexuation”, as difference cannot be some-thing. It is not an “it”. There is no existence without sexuality. There is no sexuality without existence. But neither existence nor sexuality can be contained within itself. Sexual difference as much as sexual relationship is the exposure of existence without closure, it is ex-sistence as exposure. Never determined, unfinished, ex-posed, sexual difference is not to come.

DESCRIPTORES: GÉNERO – FEMENINO – MASCULINO – DIFERENCIACIÓN
– IDENTIDAD – RELACIÓN SEXUAL.

KEYWORDS: GENDER – FEMALE – MALE – DIFFERENTIATION
– IDENTITY – SEXUAL INTERCOURSE.

Diferencia sexual De nunca acabar

[...] un existente singular expuesto al mundo, no “es” nada que pueda tratarse como el sujeto de atribuciones posibles (X es grande, moreno, erudito, orgulloso...) sino que “es” solamente en el movimiento que lo expone al mundo, es decir, a las posibilidades de sentido. [...] Dicho de otro modo, lo que adviene es que el existente se deshace de toda pertenencia, asignación y propiedad para enviarse, dirigirse, dedicarse a... nada distinto del hecho mismo de existir, de estar expuesto a encuentros, a sacudidas, a encadenamientos de sentido.

Jean Luc Nancy, *¿Un sujeto?* (2001, p. 9)

¿Qué llama a pensar esta fórmula: masculino ↔ femenino?

¿De qué se trata? ¿De una fórmula, de una enunciación o, más bien, de una consigna, la cual, desde la gramática misma, ya plantea una forma al pensar, ya le imprime una consigna: la de pensar desde el dos, según una matriz binaria? Y, desde allí –un “desde allí”, que no es cualquier “desde” ni cualquier “allí”– ¿cómo intervienen las flechas? ¿qué se proponen? ¿qué vienen a escribir en una escritura que ya no se deja decir, ni se deja escuchar?

¿Qué se invita a pensar aquí? ¿Lo femenino/masculino en tanto diferencia sexual? Y, si así fuera la cuestión, ¿debería ésta estar ya tan fuertemente, tan decididamente, consignada de antemano según un binarismo que fija la base? Dicho de otro modo, ¿la sexualidad o, mejor, la sexuación, la diferencia sexual, inscribe el dos en el origen?

¿Y si acaso las flechas vinieran a insinuar una velocidad, una deriva, una fuga, un desvío, una interrupción que, ni siquiera, sabe cómo escribirse aún? ¿Una velocidad, una deriva, una fuga, un desvío, una interrupción que no sólo fuga los dualismos, sino, más radicalmente, fuga los términos? ¿Por dónde empezar entonces?

La cuestión se enreda desde el principio. Un principio que no es tal. Un principio ya siempre trazado de antemano. ¿Cómo establecer el dos de la diferencia sexual sin haber decidido ya, de antemano, lo sexual, la sexuación y la diferencia misma? ¿Cómo escribir la diferencia sexual según el dos sin anularla? ¿Cómo escribir la diferencia (sexual)? ¿Se escribe?

Las flechas hacen todo el esfuerzo, se envían, pero ya están confinadas.

Las flechas se instalan aquí por fuera de dos términos. No los tachan, ni siquiera los tocan. Habrá que poder escribir de otra manera.

En los márgenes de unas lecturas...

Los textos, como es sabido, se tejen, se llaman, los unos a los otros, los unos en los otros. No hay texto que no sea tejido por hilos infinitos, no hay texto que no sea inconmensurable. *El "hay" de la relación sexual* de Jean Luc Nancy, el *Geschlecht, Différence sexuelle, différence ontologique* de Jacques Derrida, el *Ser y tiempo* y *Los principios metafísicos de la lógica* de Martín Heidegger, *Mil mesetas* de Gilles Deleuze y Felix Guattari, entre otros, se enredan y enredan la cuestión de la diferencia (sexual) desde el principio.

En la apertura (que no es cualquier lugar) de un texto escrito en conmemoración a los 100 años del nacimiento de Jacques Lacan, titulado *El "hay" de la relación sexual*, Jean Luc Nancy escribe:

¿De qué se trata aquí? De la relación sexual en tanto que tiene lugar: no para desmentir a Lacan que dice que no la hay sino para distinguir aquello que hay (aquello que está dado, presente, disponible) de aquello que tiene lugar (aquello que no está dado pero se da, aquello que ocurre, que sobreviene)". Y agrega: "Lo que tiene lugar como relación no es un puente tendido entre dos individuos, ni la producción de un tercero. Lo que tiene lugar es la inconmensurabilidad de ambos. Es en la medida en que son inconmensurables por lo que entran en la relación, o por lo que la relación los atraviesa." Y, aún, un poco más: "La diferencia de los sexos, en primer lugar, señala la inconmensurabilidad. [...] El sexo siempre designa lo inconmensurable. (2001, p. 9)

He aquí la dificultad mayor y el desafío. Si la diferencia sexual vuelve a interrogarnos (y siempre vuelve); si la relación sexual vuelve (y siempre vuelve), es porque algo no acaba allí. Lo que retorna, retorna porque no llega. Nunca

termina de llegar. Vuelve y vuelve con la fuerza, el empuje, la embestida de lo que no se deja actualizar, apropiar, decir de una sola pieza, de una vez y para siempre.

En la diferencia sexual y en la relación sexual –como eso que “no hay” o como eso que “tiene lugar como diferencia”– algo resta por pensar, algo vuelve a llamar. La diferencia es lo no pensado de la diferencia sexual y de la relación sexual. La diferencia, eso que justamente siempre se ha marcado ya en tanto masculino/femenino, es, por ello mismo, lo que resta no pensado. No pensado por acabado, cerrado, de-terminado de antemano por un binarismo de base que ha silenciado, domesticado, anulado la diferencia. He aquí la dificultad mayor y la respuesta a un desafío que no cesa de insistir.

Lo por venir

Damos vueltas alrededor de la cuestión. La damos vuelta y nos da vuelta. La cuestión no deja de interpelarnos desde lo sexual pero también (no podría ser de otra manera) desde lo social, desde lo político, desde lo existencial, sin más.

Lo sexual como diferencia. La diferencia como sexual. He aquí la cuestión. He aquí lo que viene a forzar, a contrarrestar, a perturbar, a dislocar, a interrogar. He aquí la preocupación, la turbación, cuando los que vienen (y porque vienen, vienen de lo por venir) desafían una diferencia ya de-terminada de antemano: “No soy ni esto ni aquello. No quiero ser definido ni estar conminado a definirme”. La demanda se presenta insoportable. La indefinición (que no habría que confundir con la indiferenciación) está exponiendo la exposición misma de un resto sin especificidad alguna, sin acabamiento. ¡Toda una locura! ¡Todo un fuera de sí! Ni siquiera se trata de una dialéctica mal acabada sino de un no acabamiento; de una diferencia sexual que remarca la diferencia antes de cualquier apropiación sustantiva, antes de cualquier consigna binaria de base. Una diferencia diferenciante, individuante, que resiste ser “ella misma” diferenciada. Una diferencia ella misma no diferenciada. “*Nada distinto, sino la distinción misma*”, dice Nancy (2001, p. 27).

Nos dejaremos enredar en este enredo.

La gramática, siempre la gramática

Binarismo y diferencia específica

Lo habíamos señalado ya en otra oportunidad.¹ Entonces era Pessoa quien desafiaba:

Yo diré ‘Esa muchacho’, violando la más elemental de las reglas gramaticales, que manda que haya concordancia de género, como de número, entre la voz sustantiva y la adjetiva. Yo habré dicho bien: habré hablado en términos absolutos, fotográficamente, fuera de la vulgaridad, de la norma, de la cotidianeidad. No habré hablado, habré dicho. [...] Obedezca a la gramática quien no sabe pensar lo que siente. (1986, pp. 42-43)².

La gramática es un obstáculo.

Empecemos por despejar entonces aquello que obstaculiza un pensar de la diferencia como tal: es decir, como diferencia y no como un algo ya diferenciado.

Se habla de diferencia sexual. Entonces, inmediatamente, lo que se enuncia, se enuncia en términos de “masculino/femenino”. El dualismo se impone sin más. “La máquina de enseñanza obligatoria –advierte Deleuze– no comunica informaciones, sino que impone al niño coordenadas semióticas con todas las bases duales de la gramática (masculino-femenino, singular-plural, sujeto de enunciado-sujeto de enunciación... etcétera).” (Deleuze, 1988, p. 81). El dos en el origen funciona como consigna de base. Es el desde donde se piensa y enuncia la diferencia sexual.

Desde allí, se habla de diferencia sexual y lo “sexual” se inscribe como una especificidad: es decir, como diferencia “específica”.

La gramática nos impone así más de una forma. No sólo el binarismo de base –el dos en el origen: masculino/femenino– sino, a su vez, una noción de diferencia concebida como “diferencia específica” en la medida en que ésta tiene

¹ Tortorelli María Alejandra, “Esa Muchacho”, *Revista de la Sociedad Argentina de Psicoanálisis*, n. 20, Año 2016, pp. 187-198.

² Pessoa, Fernando: *Libro del desasosiego de Bernardo Soares*, Barcelona: Seix Barral, 7ª ed., 1986, pp. 42-43.

por función especificar al género. De este modo, el binarismo de base, el género y la diferencia específica se disputan posiciones y distribuyen jerarquías.

¿Habrá que comenzar por “*desembarazarse de la gramática*” entonces, como sugería Nietzsche? Arduo comienzo, por cierto. ¿Cómo escribir, pensar, decir, ver, desviándonos, por sustracción o por exceso, de aquello que se inscribe en una lengua, más allá, más acá y a pesar de ella misma?

Dos flechas y dos términos: masculino-femenino. ¿Qué operación implican las flechas cuando éstas están ya rodeadas, sitiadas por dos términos, uno a cada lado? ¿Una relación biunívoca, una direccionalidad recíproca, de uno al otro y viceversa? ¿Y los términos?

Los términos y los términos distribuidos en dos funcionan como consigna de base: “*Estamos segmentarizados binariamente*” (Deleuze, Guatari, 1988, p. 214). Tal segmentariedad binaria no informa, ejecuta una orden, imprime un marcador de poder: “Una regla de gramática es un marcador de poder antes de ser un marcador sintáctico. La orden no está relacionada con significaciones previas, ni con una organización previa de unidades distintivas” (Deleuze, Guatari, 1988, p. 82).

Cuando la diferencia se piensa desde el dos, la diferencia ya está capturada y lo que se invisibiliza es su potencia diferenciante en favor de una identidad diferenciada. Cuando la diferencia se piensa desde el dos, lo que se garantiza es la identidad de los términos y su oposición. La diferencia entonces pasa a ser lo diferenciado perdiendo así su potencia diferenciante. Volveremos sobre esto una y otra vez.

Cuando la diferencia se concibe desde el dos, el modelo dual establece por derecho una constante de base: masculino/femenino y las variables (¿de hecho?) aparecen entonces como “variables” justamente en relación a una invariante. Así el binarismo masculino/femenino establece las coordenadas de base a partir de las cuales se distribuirá el “resto”. “Resto” frecuentemente enunciado como “otros”.

Mas ¿qué sucede cuando el patrón de base es denunciado como un marcador de poder y los “otros” reclaman su derecho a la existencia sin más? Entonces, la variabilidad deja de ser la de “otros”. La variabilidad se despliega como una multiplicidad de “base” sin base posible. Una diseminación sin fijo, una

³ Cf. Nietzsche, Friedrich: “...temo que no nos libremos de Dios mientras sigamos creyendo en la gramática:”, *El crepúsculo de los ídolos*, Barcelona: Folio, 2007, p. 29.

sexualidad sin patrón. Una potencia del sexo sin más. No hay sexo sin diferencia, como no hay, no puede haber, relación sin diferencia, pero tal diferencia ya no admite ser ella misma diferenciada y, menos aún, diferenciada binariamente según una constante de base.⁴

Definitivamente no sólo no habría que confundir la diferencia sexual con el binarismo de base sino, más radicalmente aún, no confundir la diferencia sexual con una diferencia específica. Alrededor de esta diferencia radica toda la cuestión que aquí se persigue.

La diferencia específica sólo puede concebirse como tal en relación a un género. Aquí, lo sexual vendría a especificar al género diferencia, como cuando se dice animal racional, por ejemplo. Allí, «racional» como diferencia específica viene a especificar al género «animal». La especificidad va así circunscribiendo, reduciendo, especificando la generalidad del género.

Pero, en el caso de la diferencia sexual, si “sexual” fuese la diferencia específica que viene a especificar al género, el género sería la diferencia. Mas, ¿cómo podría una diferencia constituir un género? ¿Cuál sería la generalidad de la diferencia siendo que la generalidad es siempre del orden de las semejanzas? ¿Cómo habrían de establecerse las semejanzas de la diferencia? Y, consecuentemente, ¿cómo habría de ser posible la especificidad de una diferencia? La «especificidad» de la diferencia en tanto diferencia sexual –si es que puede decirse así– no puede especificarse como un «algo» ya distinguido –masculino/femenino– sino como la distinción misma. «*No sólo el sexo es su propia diferencia, sino que es el proceso propiamente infinito, cada vez, de su propia diferenciación*» (Nancy, pp. 32-33)

El problema salta a la vista. Cuando se supone que lo sexual viene a especificar la diferencia, la pregunta que surge, inmediatamente, no es solamente ¿cómo sería posible especificar una diferencia? sino, más radicalmente aún, ¿en qué medida lo sexual, en tanto diferencia sexual, sería especificable? Y, más problemático aún, ¿especificable según una categorización binaria de base?

⁴ En tal sentido, es muy inquietante la distinción que Deleuze establece entre la noción de “minoría” y el “devenir minoritario”. Las minorías reclaman los mismos derechos de las mayorías. De este modo, siguen confirmando y reforzando a la mayoría, es decir al “hombre”, siendo el “hombre” el nombre de una mayoría que es tal, no por cantidad, sino por dominación, por fijar el patrón. “*Las minorías son definidas en relación a la mayoría.*” Por el contrario, el “devenir minoritario” (y todo devenir lo es) socava la forma mayoría. Cf. Deleuze, G. y Guattari, F., *Mil mesetas*, p. 292.

La diferencia y, con ella, la diferencia sexual no puede ser concebida desde el esquema género/diferencia específica, justamente porque no es categorial. La diferencia no es una categoría, no es un concepto. Menos aún un género. Resiste la categoría y el concepto. Lo sexual no es una especie de la diferencia. Lo sexual no es una diferencia específica. ¿Cómo una diferencia podría recibir una especificidad sin perder, inmediatamente, su estatuto de diferencia? Diferencia específica es un oxímoron. La diferencia no es especificable. Luego, ¿cómo habría de serlo lo sexual en tanto diferencia sexual?

“Nada distinto, sino la distinción misma”, escribía Nancy. ¿Cómo habrá de pensarse siquiera semejante impropiedad? Estamos siendo llevados al borde de lo soportable. Allí donde las categorías pierden pie. Estamos siendo conducidos a una lógica alógica que destituye los términos en favor de una diferenciación no especificable.

Diferencia sexual, diferencia ontológica

Heidegger entra en escena a través de una lectura que Jacques Derrida hace de Los principios metafísicos de la lógica en “Geschlecht 1, Diferencia sexual, diferencia ontológica”.⁵ Artículo a su vez entretelado en *El hay de la relación sexual* de Nancy. Cada texto difiere al otro a la vez que los pone en relación. O por ello mismo.

Hagamos un breve, aunque necesario, rodeo.

Usamos el verbo “ser” constantemente; sin embargo, la evidencia de su significación es la que lo sume en el olvido.

En la Introducción de *Ser y tiempo*, en referencia a la *“Necesidad de reiterar expresamente la pregunta que interroga por el ser”*, Heidegger nos advierte que *“la mencionada pregunta está hoy caída en el olvido”*. El olvido es tal, no por ocultamiento sino, por el contrario, por desocultamiento, un desocultamiento tan claro como el sol:

Se dice: ‘ser’ es el más universal y vacío de los conceptos. En cuanto tal resiste a todo intento de definición. Éste, de los conceptos el más

⁵ Derrida, J.: “Geschlecht 1, Diferencia sexual, diferencia ontológica”, *Psyché Invenciones del otro*, Buenos Aires: La Zebra, 2017.

universal y, por ende, indefinible, tampoco ha menester de definición. Todos lo usamos constantemente y comprendemos también lo que en cada caso queremos decir con él. De esta suerte, lo que como algo oculto sumió y mantuvo en la inquietud el filosofar de la Antigüedad, se convirtió en una cosa comprensible de suyo y tan clara como el sol, hasta el punto de que a quien sigue haciendo aún la pregunta se le tacha de error metódico. (Heidegger, 1980, pp.11-14).

El olvido del ser y la necesidad de reiterar la pregunta por su *sentido*, es el señalamiento y la tarea, respectivamente, que Heidegger asumió a lo largo de todo su pensar. Y es la tarea que aún nos convoca y nos llama a pensar. Casi cien años después de *Ser y tiempo* el desafío pasa aún por dismantelar esta comprensión del ser que lo volvió claro como el sol y que persiste, en su supuesta claridad, cuando enunciamos, sin más, “soy” mujer, “soy” hombre, “soy” gay, etcétera.

Tal claridad nos viene de lejos. Muy tempranamente, Aristóteles enuncia en el Libro VII de la *Metafísica*:

El término ‘ser’ se dice de muchas maneras, [...]. Significa, en primer lugar, el ‘qué es’, el ‘esto’ y, en segundo lugar, el cuál, el cuánto o cualquiera de las otras categorías. Ahora bien, de todos los sentidos en que se expresa el ser, el sentido primario claramente es el ‘qué es’, el cual significa la *ousía*. (Aristóteles, 1978, p. 308).

Y agrega, unos párrafos más adelante: “El término *ousía* se usa, si no en muchos, al menos en cuatro significados principales, pues tanto ‘lo que es ser esto’, el universal, y el género parecen ser la *ousía* de cada cosa, siendo el sujeto la cuarta acepción” (1978, p. 311). Lo que esto viene a señalar es que “ser” se dice, fundamentalmente, según un qué, según un algo esto. Así el sentido del ser se desplaza hacia la sustancia, se sustantiviza, se dice según la sustancia (*ousía*).

Es este desplazamiento lo que deja en el olvido la diferencia entre ser y ente allí mismo donde se la enuncia. Tal diferencia, por cierto, no puede ser pensada como la diferencia entre dos entes, dos cosas. Justamente porque “ser” no es ni una cosa, un esto, ni un universal, ni un género, ni un sujeto. Tal diferencia, no siendo categorial, resta aún por pensarse. Más tarde, Heidegger enunciará esta diferencia, la diferencia entre ser y ente, como “diferencia ontológica”. Lo que Heidegger viene a indicar, retornando a la enunciación de Aristóteles, es que justamente allí, donde esta diferencia entre ser y ente apareció, ésta misma

se ocultó en favor del ente. Desde entonces, “ser” fue pensado como un “algo” determinado y la diferencia como una mera distinción.

El olvido del ser en favor del ente es el olvido de la diferencia en favor de la distinción, de lo diferente. Y he aquí lo que resta no pensado y por pensar. La “diferencia ontológica” le impone al pensar una tarea descomunal: retirarse, dar un paso atrás de lo categorial, de lo representacional del “esto”, para dejar advenir una diferencia no representable, no categorial, no especificable.

Este rodeo se vuelve un requerimiento absolutamente necesario cuando de lo que se trata es de pensar la diferencia sexual en tanto diferencia y no en tanto simple distinción acabada: masculino/femenino.

En la conferencia “La constitución onto-teo-lógica de la metafísica” de 1957, Heidegger advierte:

Lo único que está claro es que cuando se habla del ser de lo ente y de lo ente del ser, se trata siempre de una diferencia. [...] Por lo tanto, sólo pensamos el ser conforme a su asunto, cuando lo pensamos en la diferencia con lo ente, y a este último en la diferencia con el ser. Así es como la diferencia se hace propiamente visible. Si intentamos representárnosla, nos encontramos inmediatamente inducidos a concebir la diferencia como una relación añadida por nuestra representación al ser y lo ente. Con ello se rebaja la diferencia a simple distinción, a producto de nuestro entendimiento. (1988, p. 135)

Rebajar la diferencia a simple distinción es, justamente, el problema que está en juego aquí cuando la diferencia sexual es concebida, inmediatamente, como distinción entre masculino y femenino. Cuando la diferencia sexual es concebida como diferencia entre masculino y femenino, la diferencia se oculta en favor de una distinción categorial. ¿Estaríamos aquí ante el olvido de la diferencia sexual en favor de lo sexual como mera distinción binaria? Si lo sexual es diferencia, tal como lo enuncia la “diferencia” sexual, ¿cómo es posible que ésta se haya visto y se vea aún (aunque no sin resistencia) reducida a dos como distinción de base?

Toda una política existencial está en juego aquí. Concebir lo sexual desde la diferencia exige, en primerísima instancia, una desrepresentación activa, un no dejarse capturar por el binarismo de base y por las distinciones categoriales que insisten: vos, ¿qué sos?

Entra en escena Jacques Derrida. Su artículo “Geschlecht 1, Diferencia sexual, diferencia ontológica” se escribe en los márgenes del texto de Martín Heidegger, *Los principios metafísicos de la lógica*.

En este texto, Heidegger da cuenta de la razón de la elección del término *Dasein* (un término no terminado, habría que decir):

A partir del modo de ser del *Dasein*, que es primariamente la existencia, se trae a la luz la comprensión del ser que pertenece esencialmente al *Dasein*. Por consiguiente, no se trata de antropología, ni tampoco de ética, sino del ente en su ser [...] 1. Para designar el ente que es el tema de la analítica no se elige la expresión ‘ser humano’ sino la expresión neutral ‘Dasein’. Con este término se designa el ente al que no le es indiferente su propio modo de ser, en un sentido determinado. 2. La neutralidad peculiar de la expresión ‘Dasein’ es esencial porque la interpretación del ente se lleva a cabo antes de toda concreción fáctica. Esta neutralidad quiere decir también que ‘Dasein’ no es de ninguno de los dos sexos. (2007, p. 160).

El término elegido por Heidegger para la analítica existencial es *Dasein*. Un término que en alemán es de género gramatical neutro. *Dasein*, traducido por Ser-ahí, comienza justamente por neutralizar cualquier determinación primera, cualquier “concreción fáctica”, escribe Heidegger. ¿Es ella la sexual? Sin dudas lo es desde el momento en que Heidegger advierte, inmediatamente, que “*esta neutralidad quiere decir también que el ‘Dasein’ no es de ninguno de los dos sexos*”. Da-sein, “Ser-ahí”, neutraliza la diferencia sexual binaria. ¿Neutraliza, por ello mismo, lo sexual? ¿Es, por ello mismo, asexuado/a? (y mantengo el o/a para señalar el binarismo de base).

Escribe Derrida, en los márgenes de Heidegger:

El concepto de neutralidad parece, antes que nada, muy general. Se trata de reducir o sustraer, a través de esta neutralización, toda pre-determinación antropológica, ética o metafísica para conservar sólo una especie de relación consigo mismo, de relación directa con el ser de su ente. (2017, p. 477).

De lo que se trata es de neutralizar toda “concreción fáctica”. Y continúa:

El primer ejemplo de “concreción” sería por tanto la pertenencia a uno u otro de los sexos. Heidegger no duda que éstos sean dos: Esta neutralidad significa también (yo subrayo, J.D.) que *Dasein* no es de ninguno de los dos sexos. (2017, p. 478).

Inmediatamente después Heidegger continúa advirtiéndonos:

Pero este carácter asexual no es la indiferencia de la nada vacía, la débil negatividad de una indiferente nada óptica. 'Dasein', en su neutralidad, no es indiferentemente nadie y todos, sino la originaria positividad y potencia de la esencia. La neutralidad no es la nulidad de una abstracción, sino precisamente la potencia de lo originario. (2007, p. 160)

La neutralidad, el no ser capturado por una pre-de-terminación categorial, no es una negatividad ontológica sino una positividad existencial, ¡la potencia de una existencia sin más! Lo que abre la diferencia ontológica lo clausura la diferencia sexual cuando ésta es concebida ópticamente; es decir, según el binarismo masculino/femenino. Mas lo sexual, en tanto diferencia sexual, ¿no abre por ello mismo lo sexual a una neutralidad positiva y potente? Si la diferencia ontológica no admite un esto o un aquello ¿por qué habría de admitirlo la diferencia sexual si ésta justamente se enuncia en términos de diferencia?

Si algo plantea el pensar de la diferencia y el pensar la diferencia es, justamente, la resistencia a categorizaciones ópticas puestas a cualificar, identificar, especificar. Escribe Derrida en clave de un sexo "por venir":

Este orden de implicaciones abre al pensamiento de una diferencia sexual que no sería aún dualidad sexual, diferencia como dual. Como lo destacamos, lo que el Curso neutralizaba no era tanto la sexualidad misma como la marca 'genérica' de la diferencia sexual, la pertenencia a uno de los dos sexos. De ahí, reconducidos a la dispersión y a la multiplicación, ¿no podría quizás comenzar a pensarse una diferencia sexual (sin negatividad, precisémoslo) que no estuviese marcada por el dos? (2017, p. 494).

La cosa apenas comienza a anunciarse y, sin embargo, es irreversible.

De nunca acabar

Ser sexuado excede todo binarismo. Muchas luchas se manifiestan, hace tiempo ya, resistiendo la tenaza de lo masculino/femenino. Y, sin embargo, la máquina de identificación sigue funcionando aún por fuera de la grilla binaria: ¿No sos mujer ni hombre? Bien, entonces serás travesti, gay, trans, lesbiana

Cuando la pregunta por la sexualidad se establece en términos de: "¿Qué

sos?” “¿Sos gay?”, “¿Sos hétero?”, etcétera, etcétera, no sólo lo sexual se ve determinado, acabado, sino, con ello, la existencia misma, ser, el verbo ser, como si existir fuese acaso un “algo” determinado y determinable según un “qué”. Entonces, retornamos a Aristóteles y, con él, al olvido de la diferencia como entificación de la existencia.

Que lo sexual es existencial es poco menos que una evidencia. No sólo somos sexuados sino que venimos de la sexuación. Mas tal facticidad se vuelve una fatalidad cuando es sistemáticamente requerida a definirse según un qué: “Definite. Decime qué sos.” Tal fatalidad responde a una facticidad capturada, recubierta por la categorización, por la sustantivización de la existencia. Haría falta toda una “cultura del secreto” ante semejante totalitarismo de la transparencia.⁶ Lo sexual sólo habrá de ser existencial en la medida en que recuse toda determinación óptica, categorial. Es decir, en la medida en que lo sexual se piense desde la diferencia y no la diferencia desde lo sexual binariamente determinado. La inversión no es jamás simétrica y, menos aún, sin violencia.

La diferencia sexual, en tanto diferencia, no puede asumir para sí la determinación de un término (valga la redundancia); es decir, la de-“terminación” de un algo terminado, acabado, definido, decidido: Un “que”. La diferencia sexual en tanto diferencia tiene lugar como inconmensurabilidad. La diferencia como relación y la relación como diferencia, la relación, en tanto que “no es” sino que “tiene lugar como diferencia”, es la experiencia misma de lo inconmensurable, al decir de Nancy. Lo inconmensurable de la relación sexual, de la diferencia sexual, es lo no contable. Ni uno, ni dos, ni tres, ni cuatro, ni... Lo inconmensurable rompe la cuenta, abre la relación en tanto diferencia a lo que es menos de uno y más de uno. Lo que resta porque excede. La relación (eso que “no hay” o que “tiene lugar como diferencia”) no acopla, no suma uno más uno. Quiebra la unidad y expone sin sutura. La relación en tanto diferencia no pone en relación “dos” “sujetos”, los “pone” en tanto ex-puestos. Los expone. Los abre. La relación es la exposición misma sin nada que haga de cierre.

El sexo no hace, precisamente, sino conmocionar lo uno-en-sí : pero ese «uno» no preexiste al sexo. No hay nada ni nadie que subsista antes de la sexuación o fuera de ella, y ésta es un separar y poner en relación que atraviesa a cada «uno» desde el origen (divide el origen). (Nancy, 2001, p. 34).

⁶ En referencia a la cultura del secreto y el totalitarismo de la transparencia, cf. *D'Ailleurs Derrida. Un intenso documental*, de Safaa Fathy. Su versión completa se encuentra en YouTube.

Cuando la diferencia sexual se define, se de-termina, se acaba y pierde su sentido diferenciante. Entender la diferencia como lo diferenciante y no como un algo diferenciado es comprender que el ex-sistir es abierto, ex-puesto. Curiosamente, tal sentido está implícito en el prefijo “ex” de ex-istir. Pero, el “afuera” que tal prefijo indica encontró su clausura y su borradura tan pronto como existir pasó a ser un “algo” acabado, un existente “en sí mismo”, un esto determinado, definido. ¿Un sujeto habrá que decir?

Lo inacabado que aquí persistimos en señalar no es una limitación sino la condición misma del existir. Lo que existe no acaba, no cesa de diferir, justamente porque ex-siste, porque es en tanto ex-puesto. Y ¿la sexuación? No hay, no podría haber, ex-sistencia sin sexuación. Mas, por ello mismo, no hay sexuación sin ex-posición. ¿Hace falta decir que no hay sexuación posible en el interior de uno consigo mismo? ¿Hace falta decir que lo sexual no cierra sobre sí? ¿Que no hay, no puede haber, sexuación posible sin “con”? Mas, este “con” no le sobreviene a un existente acabado en sí.

La copulación es el “con” de un nexo, de un vínculo, lo mismo que el coito es el con de un ir (irse), de un ir y venir cuyo ajeteo, cuyo acercamiento-alejamiento, el tocar-retirar constituyen muy exactamente [...] el propio “con”, que no es nada en sí mismo, sólo la relación, sólo la conmoción de lo idéntico o del uno en sí. (Nancy, 2001, p. 34).

El inacabamiento de no ser uno es originario. No cierra sobre sí ni interioriza para sí una de-terminación, aún cuando ésta fuese la sexual, menos aún la sexual. Nadie, nada es en sí mismo. O, como lo enuncia Nancy, nadie es sin resto:

Lo sexual no es un predicado, puesto que él no es, lo mismo que ocurre con la relación, ni una sustancia, ni una cosa. Lo sexual es su propia diferencia o su propia distinción. Distinguirse en tanto que sexo o en tanto que sexuado es, precisamente, lo que constituye el sexo o la sexuación, es asimismo lo que hace posible la relación sexual y es, por último, lo que no da lugar a su propia entelequia pues nadie es hombre o mujer sin resto; así como tampoco nadie es homo o heterosexual sin resto (por emplear estas categorías, y como si lo sexual no fuese precisamente, en todas sus figuras, la acción recíproca de lo homo y de lo hétero, su partición y su enredo). No sólo el sexo es su propia diferencia, sino que es el proceso propiamente infinito, cada vez, de su propia diferenciación. [...] (2001, pp. 32-33).

Que nadie es sin resto es poco menos que una enunciación inquietante. Es una conmoción de lo idéntico. Siendo lo idéntico, en tanto igualdad consigo mismo, aquello que no admite diferencia. Es, incluso, una conmoción a la identidad de género que tanto se promueve como aspiración a ser uno mismo. No hay posibilidad de definirse uno a uno mismo como tal (soy mujer, soy hombre, soy gay, soy lesbiana...) sin rodeo, sin desvío, sin alteridad, sin impropiedad, sin otredad, sin diferencia. Toda identidad es diferida, es decir, es efecto de un proceso de diferenciación infinito, de un diferir que no se deja apropiar. Un no acabamiento.

La escritura que aquí se nos propone, las flechas, no debería concebirse entonces como exterior a dos términos ya constituidos de antemano, sino como el proceso de diferenciación, "*nada distinto sino la distinción misma*", que los constituye destituyéndolos, a su vez, en su pretensión de ser en sí mismos.

Las flechas entonces no se disparan ya de un término a otro. La cosa comienza por diferir sin término previo posible. El diferir, la diferenciación que hace posible lo diferenciado, a su vez lo hace imposible, lo socava. La diferenciación como constitutiva es destitutiva a su vez de cualquier término que pretendiera cerrar sobre sí y oponerse a otro. Aquí radica la mayor dificultad. Las flechas, en su ir y venir, sin fin, escriben, excriben, trazan, marcan, difieren la presencia de cualquier categorización que se pretenda plena, en sí, dicha de una sola pieza, sin resto. No hay género posible sin perturbación. Un género afirmado como tal, sin resto, sin partición, sin enredo, trae violencia, violencia de género. Sexuación: enredo y partición en el origen.

No hay sexuación sin diferencia, pero, por ello mismo, la diferencia no es entre dos sexos ya dados o determinados de antemano. Tal determinación borraría aquello mismo que la *diferencia* sexual abre.

No sabemos aún, y quizás sea prematuro decidirlo aquí, qué implicancias habrá de tener una diferencia sexual destinada a no acabarse, llamada a sostenerse en la apertura, en la ex-posición, en el entre, que toda ex-sistencia implica como su más potente posibilidad.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Aristóteles. (1978 [ca. 330 a.C.]). Libro VII: zeta. En: *Metafísica* (pp. 285-348). Buenos Aires: Sudamericana.
- Deleuze, G. y Guattari, F. (1988). *Mil mesetas. Capitalismo y esquizofrenia*. Valencia: Pre-textos.
- Derrida, J. (2017). Geschlecht 1, diferencia sexual, diferencia ontológica. En: *Psyché: invenciones del otro* (pp. 473-494). Buenos Aires: La Cebra.
- Heidegger, M. (1988). La constitución ontoteológica de la Metafísica. En: *Identidad y diferencia* (pp. 95-157). Barcelona: Anthropos.
- Heidegger, M. (1980). Introducción: explicación de la pregunta que interroga por el sentido del ser. En: *Ser y tiempo* (pp. 11-50). Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- Heidegger, M. (2007). El problema de la trascendencia y el problema de *Ser y tiempo*. En: *Principios metafísicos de la lógica* (pp. 159-180). Madrid: Síntesis.
- Nancy, J. L. (2001). *El "hay" de la relación sexual*. Madrid: Síntesis.